

Imaginemos el porvenir



Imaginemos al menos dos maneras, lo suficientemente distintas, de entender el pasado reciente en el ámbito de las ideas y la práctica de la arquitectura. Una de ellas podría caracterizarse por el uso emblemático del concepto de la moda, en paralelo con otros fenómenos similares en los campos del diseño, de la vestimenta, de los comportamientos, etc. y por la secreta esperanza de su rápida desaparición, aunque dejando, sin duda, el leve rastro que toda moda deposita en la historia a los vaivenes de su paso. La otra, por el contrario, exigiría una definición más dificultosa, sospechando, aunque sea borrosamente, un cambio profundo de sensibilidad cultural que afecta, y afectaría aún más, las raíces de los procesos de modificación y adaptación del medio natural, de manera que su condición histórica no sea tanto una circunstancia temporal cuanto una propia condición imprescindible para la resolución de la Arquitectura, lo que debería significar que ya nada volvería a ser lo mismo, ni en la manera de hacerse, ni en la manera de imaginarse, ni en la de disfrutarse, es decir, la manera de producirse la contemporaneidad de la arquitectura, presente o pasada.

Si yo tuviese ahora mismo que elegir, aunque sólo fuese de una manera visceral, que es la más natural de todas, entre uno de esos dos sentimientos, elegiría seguramente el segundo de ellos, a condición de que dicha elección no comprometiese de inmediato, censurándola, ninguna práctica posible. Y si alguien me obligase a expresar con claridad el ideario de esa elección, debería expresarla con palabras parecidas a todo y nada, es decir, la más firme y segura idea de arquitectura y la casi absoluta ausencia de la arquitectura misma, la riqueza de lo imaginable y la pobre miseria de lo real por construido, habiéndose aprendido, de paso, que ahora más que nunca, el dibujo sólo es dibujo, en la plenitud de su autonomía.

¿Y cómo podría cualquier imaginero de oficio estar tan seguro de una idea o de un grupo de ideas (¿cinco o seis?) que se han manifestado tan secas, tan estériles, tan extraordinariamente cicateras, cuando las ideas de la arquitectura siempre se han distinguido más bien por lo contrario? ¿Qué clase de seguridad garantizaría que todas esas que no reconoceríamos como las formas peculiares de lo que pudiera creerse un nuevo renacimiento, no fueran las únicas posibles? ¿Deberíamos pensar que no es posible que tanto horror sea ningún esplendor, sino tan sólo el dolor del alumbramiento, o será que la belleza sería también distinta?

¿Qué habría sido, una vez más, de la arquitectura española? En el siglo de las arquitecturas personales, ¿qué arquitecto español ocuparía un lugar en el recuento general de los acontecimientos claves de la cultura, donde no hubo ninguno en la parte "vieja" del s. XX? Ojalá sea todo una moda pasajera. De lo contrario, ¿dónde estarán a finales de siglo todos los arquitectos españoles, pocos o muchos, que pudieron haber sido nuestros maestros? ¿Dónde estarán nuestros hermanos mayores o nosotros mismos? ¿Qué habría sido de la prudencia y la templanza de los gestos parcos y contenidos, del estilo universitario madrileño, del buen sentido de los ochenta?

¿Qué habría sido de las fallas de Valencia, arquitectura carnavalesca y verdadera por tanto, donde la más parlante de las francesas enmudecería de envidia?

¿Qué habría sido de la feria de Abril?

José Ramón Sierra

